medio del arca en el sitio donde de ordinario se muestra á Noé, y al lado, como para completar el sentido, el milagro de Lázaro y el de Jonás, el significado de los cuales no es dudoso.

Debemos agregar que los monumentos que representan la resurrección de Nuestro Señor, ponen casi siempre árboles ó cualesquiera vegetales sobre la tumba ó alrededor del santuario; nosotros hacemos notar especialmente esta interesante circunstancia en varios de los vasos de Monza (véase Mozzoni, *Sec.* VII, página 84), y más palpablemente todavía en un medallón relacionado por Munter (*Symb.*, pars. I, tab. I, n. 4), y no podría dudarse de la naturaleza del asunto en este caso, porque se lee la palabra ANACTACIC, *resurrección*.

ARCEDIANOS.—Nada se ha dicho de los arcedianos antes del siglo IV; San Jerónimo (*Epist.*, IV) y San Optato (L, I, *Adv. Parmen.*) son los primeros escritores sagrados que hablan de ellos.

Sin embargo, á falta del nombre, conviene distinguir la función, en cuanto á la Iglesia romana al menos, del de los siete diáconos que se llamaban Diáconos del Papa desde el siglo II: Eleuterio fué diácono del Papa Aniceto; Calixto, de Zeferino; Sixto, de Esteban (Anastas., *Lib. Pontif.*); San Lorenzo, de Sixto II, y Severo llama *su Papa* á Marcelino, de quien era diácono.

Vemos que todos estos diáconos, salvo los dos últimos, que no lo fueron por causa del martirio, llegaron á su vez á ser Papas; y Eulogio de Alejandria, hablando de las costumbres de la Iglesia romana en el siglo III (Cf. De'Rossi, *Bullet.*, 1866, pág. 9), dice que á virtud de inveterado hábito, el arcediano ascendía casi siempre á la cátedra pontifical, y que el conferirle el orden del sacerdocio, valía tanto como impedirle el ascenso. De ahí proviene el que los diáconos acabaran por considerar como una desgracia su elevación al sacerdocio, y que se consideraran como superiores á los sacerdotes, hasta el punto de hacerse necesarias especiales leyes para contener sus audaces pretensiones. El primer Concilio de Arlés, que es también el primero celebrado en Occidente después de la paz de la Iglesia, hizo ya un cánon especial con motivo de los diáconos de Roma (Conc. 18): *De diaconibus Urbicis ut non sibi tantum præsumant.* (Véase De'Rossi., ibid.)

En cada iglesia había un arcediano; se elegían entre los diáconos, y no estaban, como hoy, revestidos del sacerdocio. No obstante, su dignidad era grande, porque eran llamados *Vicario del obispo* en el orden romano, y el *ojo del obispo* en la epístola de San Clemente (Ap. Fulber., ep. XXXIV); no se separaba nunca de él (Hieron., *Comm. in Ezech.*, c. XLVIII), y ocupaba el segundo puesto en la iglesia. Administraba las rentas de la Iglesia; sustituía al obispo en el ministerio de la predicación; asistía al altar; estaba encargado de anunciar al pueblo los ayunos y los días festivos; vigilaba la conducta de los diáconos y de los clérigos menores; dirimía sus diferencias ó las remitía al obispo; y, por último, proveía al sostenimiento de los pobres, de las viudas y de las doncellas.

ARCIPRESTE.—*Archipresbyter ó protopresbyter*, entre los griegos προτοπάππας. San Jerónimo es el primero que hace mención de esta dignidad (*Epist. ad Rustic.*), y después de este Padre se habla de ella con frecuencia en la historia eclesiástica, especialmente en la de Sócrates (VI, 9) y en la de Sozomeno (VIII, 12).

La dignidad de arcipreste, ¿se concedía, en la Iglesia primitiva, á la edad, á la mayor antigüedad en los órdenes, ó al mérito? Cuestión es esta muy controvertida por los sabios. En este asunto la disciplina parece no haber sido la misma en la Iglesia griega que en la Iglesia latina. Entre los latinos se elegían desde luego los más antiguos para presidir á los demás (S. Leo., ep. LVII *Ad Dorum*), pero más tarde los obispos tuvieron en cuenta la piedad y la erudición. El segundo Concilio de ix llama á los arciprestes ministros de los obispos (c. IV). El cuarto Concilio de Cartago (can. XVII) dice que tenían la administración de las viudas, de los huérfanos y de los peregrinos. Estaban encargados de refrenar, en los sacerdotes, los diáconos y los restantes clérigos, las infracciones de las reglas canónicas.

En un epitafio de 619 se hace mención de un Víctor, arcipreste del título de Santa Cecilia (Muratori, *Thes.*, 432, 2). Este es, á nuestro entender, el más antiguo monumento epigráfico que nombra esta dignidad.

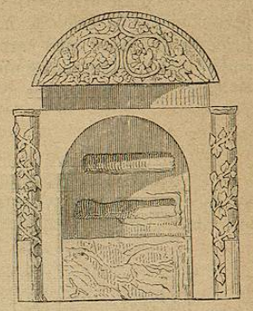
ARCOSOLIUM.—Este es el verdadero nombre de los *monumentos arqueados* que se encuentran con tanta frecuencia en las catacumbas, y en general en todos los cementerios cristianos. Este nombre ha sido revelado á la ciencia por algunas inscripciones antiguas, y particularmente por ésta: AVR CELSI ET AVR ILARITATIS COMPARI MEES FECIMVS NOBIS ET NOSTRIS ET AMICIS ARCOSOLIO CVM PARETICVLO SVO IN PACEM (Marchi, *Monum. delle arti christ. primit.*, pág. 85). «Aur. Celso et Aur. Hilaritas, mi esposa: hemos hecho para nosotros, para los nuestros y nuestros amigos, este *arcosolium*, con su pequeño muro, en paz.»

Los antiguos llamaban *solium* á las urnas de mármol ó de tierra cocida donde enterraban sus muertos (véase Forcellini, ad. h. v.), y entre los primeros cristianos se designó con este nombre el sarcófago colocado debajo del altar y que contenía reliquias de los mártires (S. Paulin., *Nat.* IX). Pero esta palabra no podía expresar por sí sola la naturaleza del *monumento arqueado*, que no es una urna aislada y movible, sino más bien un sepulcro cavado en la roca de los corredores ó de los *cubiculi* de los cementerios. Se comprende que, para cavar un sepulcro de esta especie, el *fossor* debía abrir antes, encima, al costado de la roca, una zanja que le facilitaba el sitio necesario, bien para dedicarse á su trabajo, ya para introducir el cadáver en la urna cavada de este modo, ya, por último, para fijar sobre este sarcófago la tabla de mármol destinada á cerrarlo. Pues esos espacios vacíos que existen encima de las tumbas, invariablemente cavados en arco, son los que han ocasionado á llamar al conjunto del monumento *arcosolium*, que quiere decir un sarcófago dominado por un arco, palabra exclusivamente cristiana, puesto que con ella se designa una forma de sepultura desconocida de los paganos.

Los *arcosolia* estaban ordinariamente divididos en varios compartimientos, por débiles paredes, *pareticulo*, por *parieticulo*, como el de Celso é Hilaritas, cuyo epitafio hemos dado más arriba. Eran sepulturas más distinguidas y más costosas que los simples *loculi*, y que los cristianos ricos ó acomodados preparaban á su costa (Marchi, pág. 99) para ellos, algunas veces también para sus deudos y sus amigos, NOBIS ET NOSTRIS ET AMICIS, circunstancia que rara vez dejaba de ser mencionada (ídem, pág. 98) en la inscripción, con objeto de que la posteridad no pudiera creer que los gastos de estas sepulturas de lujo se habían hecho por el tesoro de la Iglesia.

Estos *arcosolia*, destinados á la sepultura de los simples fieles, estaban, en general, distribuídos á lo largo de los corredores de las catacumbas. Por el contrario, aquellos que servían de asilo á los cuerpos de los mártires más ilustres, se construían á expensas de la comunidad cristiana en las capillas donde se celebraban las asambleas y las estaciones con motivo de la conmemoración de esos mismos mártires, y eran los altares donde se ofrecía comúnmente el santo sacrificio (véase el artículo *Altar*). En la mayor parte de los *arcosolia*, el espacio vacío circunscrito por el arco que coronaba el sepulcro estaba adornado de pinturas (véase Perret., vol. I, pl. LVII-LXX, passim); según otros (véase R. Rochette, *Tableau*, pág. 71), y sobre todo el *Bulletin* de M. De'Rossi., octubre, 1863, las tienen también delante del sarcófago.

Existen *arcosolia* que se relacionan mucho más todavía con la forma de nuestros altares, de aquellos, al menos, que se apoyan en el muro, en el que el sarcófago en vez de estar colocado directamente bajo el arco, hace un saliente en el área de la cripta y en el que las caídas del arco descansan sobre pies rectos y no sobre la tabla de mármol que sirve de tapa al sepulcro. Una cripta perteneciente á un cementerio de la vía Latina, contiene tres *arcosolia* de esta especie. A continuación ponemos á los ojos del lector uno, según la lámina XXII de la obra del Padre Marchi.



Se observará que han sido hechos unos *loculi* en la parte vacía del arco que corona el sarcófago del mártir. La causa más común de este hecho, que se repite con mucha frecuencia, es que, por devoción, los primeros cristianos tenían en mucho el que sus sepulturas estuviesen colocadas lo más cerca posible de las de los Santos: AD SANCTOS, AD MARTYRES (véase el artículo *Ad sanctos*, etc.).

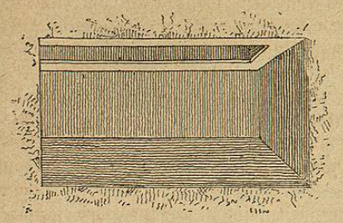
¿En qué época esa devoción se hizo indiscreta hasta el punto de querer, por decirlo así, compartir sus mismas tumbas, y ser sepultados ANTE, SVPRA ó RETRO SANCTOS, si no siempre esas fórmulas tienen el mismo sentido que las precedentes? ¿No parece que esto haya ocurrido antes del siglo IV, porque San Dámaso, que rehusaba este honor para sí mismo, CINERES TIMUI SANCTOS VEXARE PIORVM (Ap. Marchi, pág. 145), habría permitido para otros lo que, con razón sobrada, miraba como una profanación? Por otra parte, la única inscripción de fecha conocida que menciona esta costumbre, es de 426.

El género de sepulturas de que nos ocupamos no es exclusivo de los cementerios de Roma. Se encuentran *arcosolia* en muchas otras catacumbas cristianas, y particularmente en las de Santa Mustiola y de Santa Catalina de Chiusi en Umbría (véase Cavedoni, *Cimit. Chius.*, pág. 60, passim).

M. Charles Texier (*Architecture byzantine*, página 40) habla de ellas en Oriente, y sobre todo en Capadocia (véase el grabado del artículo *Luminare cryptæ*). El cuerpo estaba colocado en un sarcófago, como en Roma; pero se ven, á derecha é izquierda de la tumba principal, pequeños nichos donde los cadáveres eran deslizados en el espesor de la roca, y en el sentido de su mayor longitud. También había *loculi* de esta clase en las catacumbas romanas (véase el artículo *Loculus*).

M. De'Rossi habla de otra especie de sepulcros que se refieren en algún modo á la clase de que tratamos, pero que se diferencian de ellos en que la cavidad que corona el monumento no es arqueada, sino rectangular. Lo titula *sepolcro a menza*, que nosotros creemos poder traducir por tumba cubierta con una tabla (véase *Rom. sott.*, I, pág. 285). La tabla

menza era algunas veces movible, y estaba provista de fuertes anillos de bronce que servian para tirar de ella hacia delante, de modo que se descubriera el cuerpo, y quizá también para facilitar la celebración del santo sacrificio. M. De'Rossi cita varios ejemplos de esa clase (ibíd.), de los cuales uno fué descubierto en 1850 en el cementerio de Pretextato.



ÁREA. — Véase el artículo *Sepulturas*, II, 2.º

ARQUEOLOGÍA. — I. En su acepción general, y según su etimología, ἀρχαῖος, *antiguo*, y λόγος, *discurso*, la palabra *arqueología* comprende el estudio completo de las cosas antiguas, de las costumbres y usos, lo mismo que de los monumentos. Aplicada á los orígenes cristianos, designa la ciencia cuyo objeto es pintar, bajo esos dos puntos de vista, ó quizá más bien bajo estos dos elementos esenciales, el estado religioso y social de nuestros padres en la fe.

1.º Por costumbres y usos (éstos son los términos aceptados sucesivamente por Fleury y por Mamachi en el título de obras especiales) entendemos el conjunto de los hábitos y de la vida de los primeros cristianos; su modo de existir en el seno de la sociedad pagana en un principio, después bajo el régimen de la tolerancia, más tarde en el de la libertad, y, por último, bajo el de la franca protección y del reconocimiento legal y bien pronto exclusivo; comprendemos sus virtudes, sus pruebas, las calumnias y las persecuciones de que fueron objeto; pero sobre todo esto, su culto, celebrado en un principio á la sombra de la bienhechora hospitalidad de secretas moradas, oculto en el misterioso asilo de las catacumbas, luego respirando sin trabajo después de la pacificación, y poco después desarrollando libremente sus esplendores en sus basílicas al aire libre; comprendemos la disciplina que observaba, para dirigirla, la vida del cristiano en todos sus detalles; la liturgia del sacrificio, de los sacramentos, de la oración, la jerarquía con todas sus ramificaciones, los concilios, los órdenes religiosos, las herejías; todas las instituciones especiales, relativas, ya á la beneficencia fraternal, limosna, hospicios, hospitalidad, niños expósitos, ya á la educación, á las escuelas, á las bibliotecas, á las profesiones, al cuidado de los moribundos, á los funerales, á la sepultura, etc., etc.

2.º No ignoramos que comúnmente se restringe el término *arqueología* á la parte de la ciencia que tiene por objeto descubrir y explicar los monumentos figurados de los antiguos; pero no hemos pensado conformarnos con esta costumbre: esto hubiera sido, á nuestro juicio, dar una idea incompleta del campo que explota el anticuario cristiano, y en particular de la compilación actual, que abraza un círculo de estudios más extensos, que, comprendidos en las dos grandes clases precedentes, se ilustran mutuamente y se explican las unas por las otras.

La vida exclusivamente civil de los cristianos no se distinguía de la de los idólatras más que por la fidelidad y la probidad con que aquéllos cumplían con sus deberes; en el exterior, todo era semejante en unos y otros. Por eso Tertuliano (*Apolog.*, XLII), teniendo que rechazar la acusación, lanzada contra los fieles, de ser hombres inútiles para los negocios del mundo, *infructuosi in negotiis*, encuentra á este respecto una fácil defensa en la pureza de su posición. «¿Por qué esas censuras á hombres que viven con vosotros, usan los mismos alimentos, los mismos vestidos y los mismos muebles que vosotros? No somos brahmanes ni gimnosofistas de la India, habitantes de las selvas, apartados de la vida..... No estamos en este mundo sin *forum*, sin mercados, sin baños, sin tiendas, sin hospederías, sin ferias; somos también marinos, soldados y labradores, comerciantes, como vosotros; asociamos á la vuestra nuestra industria, trabajamos para el público.»

Esto explica suficientemente cómo la arqueología cristiana apenas estudia más que el elemento religioso de la vida de los fieles en los primeros siglos, único elemento que nos es conocido de una manera explícita, y el único también que, destacándose, de bien pronunciada manera, del cuadro general de las civilizaciones antiguas, abre á las investigaciones del anticuario una carrera especial, un texto de estudios completamente nuevo, en donde toda inducción sacada del pasado carece de aplicación posible.

Sin embargo, por más especial que sea en realidad, y por más restringida que pueda parecer á primera vista, este elemento de la existencia de los primeros cristianos ha inspirado por sí solo tal y tan rica variedad de monumentos, que podemos cómodamente aplicar á su clasificación todas las grandes divisiones basadas en la diversidad de las artes; porque todas las artes, sin excepción, fueron puestas por la primitiva Iglesia al servicio de las manifestaciones exteriores de la fe y del sentimiento religioso, tan prodigiosamente desarrollado entre nuestros padres.

Esas divisiones generales pueden reducirse

á cinco, que damos á continuación con sus principales subdivisiones:

A. Arquitectura: *edificios religiosos ó fúnebres en las catacumbas, al aire libre:* criptas, capillas, *cubicula*, basílicas, bautisterios, altares, tumbas, etc.

B. Escultura: *estatuas, bustos, bajos relieves; en mármol*, sarcófagos; *en marfil*, dípticos; *en metal*, vasos y otros instrumentos, etc.

C. Pintura: *pinturas murales*, frescos, etc.; *pinturas sobre cristal*, fondos de copa; *pinturas en mosáicos*, en las catacumbas, en los sepulcros, y sobre todo en las basílicas, etc.

D. Grabado: *en mármol ó en tierra cocida*, inscripciones de todas clases; *en piedras finas*, en hueco ó en relieve; *sobre metales*, medallas, anillos, etc.

E. Muebles y utensilios: *religiosos*, vasos sagrados ó litúrgicos, vasos de cristal ó de arcilla conteniendo sangre de los mártires ó habiendo servido en las agapas, instrumentos de tortura; *utensilios domésticos*, objetos de todas clases, vestidos, alhajas, amuletos, juguetes de niños recogidos en las sepulturas; *utensilios mixtos*, lámparas de metal ó de tierra cocida, adornadas de símbolos, y usadas, ya en la vida privada, ya en los ejercicios del culto en las catacumbas, etc., etc.

II. Utilidad é importancia de la Arqueología cristiana. — Inútil es decir que esta cuestión no podría tener por objeto la parte de la ciencia que se ocupa de las instituciones y de las costumbres, estudiadas directamente en los documentos escritos; poner en duda la utilidad de esta rama de la arqueología, valdría tanto como desconocer la utilidad de la historia misma. Todos los pueblos han tenido tendencias á instruirse en el conocimiento de la vida de sus antepasados, á examinar sus anales, con objeto de apropiarse su gloria y fortalecerse en la virtud por sus ejemplos. La Iglesia de Jesucristo tiene otras muchas razones todavía para conservar pura é intachable la memoria de su pasado, ella que no funda la razón de su autoridad y aun la de su existencia sino en la naturaleza divina, bien comprobada, de su origen, y en la no interrumpida continuidad de sus tradiciones.

Debemos, pues, reducir la cuestión propuesta á lo que concierne á los monumentos figurados, y preguntarnos cuál es la utilidad de la arqueología considerada bajo este punto de vista especial. Esta utilidad es de una doble naturaleza: utilidad histórica y utilidad dogmática.

La primera es común con la arqueología profana.

La arqueología cristiana es el guía más seguro y más fiel para la historia de los orígenes del cristianismo; le facilita toda una clase de documentos auténticos é irrecusables, testimonios de mármol, de bronce, de madera, de cristal, etc., cuya veracidad escapa á todos los pretextos de la sutileza del espíritu humano. Todos los monumentos procedentes de las manos de los primeros cristianos, todos, aun los más insignificantes en apariencia, desde el gran sistema de las criptas sagradas de las catacumbas consideradas en conjunto, desde la basílica de colosales proporciones, hasta la más humilde piedra que hace leer algún obscuro nombre acompañado de una fórmula cristiana, hasta el más pequeño fragmento de vidrio, hasta la mezquina lámpara de arcilla que lleva grabado algún símbolo de la fe, todos ofrecen interesantes hechos, y el conjunto de esos hechos forma como una estadística moral de la primitiva sociedad de los creyentes.

Los monumentos de Grecia y de Roma sirven admirablemente para ilustrar á Homero, Eurípides, Virgilio, Ovidio, etc.; una estatua, un bajo relieve, una inscripción, han, más de una vez, hecho surgir, con inesperada exactitud, hechos históricos que hasta allí permanecieron sepultados en textos obscuros y calificados de incomprensibles. Del mismo modo, los monumentos de nuestros padres en la fe, vienen á arrojar una gran claridad sobre el gran libro de la antigua y de la nueva alianza, lo mismo que sobre los escritos, á menudo difíciles, de los antiguos Padres, de Tertuliano, por ejemplo, de San Cipriano, de San Cirilo, de San Crisóstomo, de San Clemente de Alejandría, de Arnobio, y entre los poetas, de Prudencio, de Sedulio, de Sinesio, por no hablar sino de los más notables, los cuales ocupan, en el estudio de las cosas cristianas, el lugar que tienen entre los escritores de la antigüedad algunos de aquellos que más estimamos, y que aceptamos gustosos por guías en la interpretación de los monumentos del paganismo.

Puede alterarse un texto importante de un historiador ó de un apologista, ó suponer, á favor de una mala causa, que haya sido falsificado ó mal reproducido por copistas inhábiles ó poco exactos; pero negar lo que la antigüedad ha grabado sobre el bronce, ó esculpido sobre la piedra, cosa es menos fácil.

Así, considerada como simple auxiliar de la historia, la arqueología ofrece ya grande importancia; bajo este sencillo punto de vista, por más secundario que sea, nos interesa vivamente, puesto que nos hace vivir y conversar con aquellos que fueron los primeros al lado de Jesucristo, los modelos y los guías de nuestra mortal carrera. Y si las producciones del arte cristiano se muestran inferiores en número y en perfección á las del arte antiguo, lo que se explica por diversas causas cuyo desarrollo no es pertinente á esta obra, ¡cuánto no sobresalen aquéllos en utilidad y en nobleza! «No hay, decía Reinesio, una partícula (*Var. lect.*, pág. 151) de la antigüedad cristiana, que no sea más noble y más digna de honor que todos los monumentos paganos»,

antiquitatis christianæ particula quæque quavis pagana est nobilior honoratiorque.

¿Por qué esta superioridad? Porque la historia del cristianismo primitivo es algo más que historia; es el dogma, ó, si se quiere, es la apologética católica. Porque trazar el cuadro de la fe, del culto, de la disciplina esencial de la Iglesia primitiva, es hacer el retrato de la Iglesia actual; la Iglesia católica está toda contenida en la venerable antigüedad. La Iglesia de Pío IX es el último eslabón de una cadena que, á través de diez y nueve siglos, va á anudarse en San Pedro y en Jesucristo. He aquí lo que resulta del estudio de los monumentos.

Llevad al interior del Museo de Letrán un disidente cualquiera; con tal de que sea hombre de buena fe y de buena voluntad, y sin partido fijo, no tengáis cuidado en hacerle tocar con la mano, en argumentos materiales, la verdad de todo lo que niega y de todo lo que admite la Iglesia católica: en la sala de pinturas y en la de esculturas, una multitud de verdades dogmáticas, con frecuencia apenas cubiertas con los transparentes velos de ingenioso simbolismo, pronto expresadas directamente y sin misterios; el culto de los Santos, y de la Virgen en particular; el bautismo en el ciego de nacimiento; la penitencia en el paralítico; la Eucaristía en banquetes simbólicos, en cestillas que contenían el pan y el vino, y la fe en la resurrección futura, en todas partes.

En la galería de las inscripciones, en cierto número de series sistemáticas dispuestas por el sabio caballero De'Rossi, lo concerniente á los dogmas, entre otros, la divinidad de Jesucristo, la invocación de los Santos, la oración por los difuntos; todo lo que demuestra los grados de la jerarquía eclesiástica tal como todavía existe hoy en vigor; los de los obispos, sacerdotes, diáconos hasta los lectores, acólitos y exorcistas; los *fossores*, los *notarii* y los demás funcionarios agregados al servicio de la Iglesia, están allí también representados por numerosos epitafios. Allí se ven los grados que marcan perfectamente la diferencia entre los láicos y los clérigos, entre las viudas, las vírgenes consagradas al servicio de Dios, y las simples cristianas, entre los *fideles* ó bautizados y los catecúmenos y los neófitos. Allí se ve la serie de los sacramentos, el bautismo, la confirmación, la penitencia; la serie de los símbolos, en número infinito, y cuya mayor parte nos han sido explicados por los órganos más seguros de la tradición católica, el pez, por ejemplo, el ancla, la paloma, etc.

El lector comprenderá que estos ligeros detalles no son más que una muestra de los inmensos recursos que la apología de la fe puede sacar del estudio de los monumentos de todas clases que facilita la antigüedad cristiana, cuyos principales recursos son los que nos hemos esforzado, en los límites de nuestras facultades, en reunir y exponer en este Diccionario. Y los argumentos que resultan de ellos tienen tanta más fuerza, cuanto que esos monumentos, aquellos al menos de que el anticuario cristiano se vale en favor de la fe, pertenecen en su mayoría á los tres primeros siglos de la Iglesia, reputados, aun por los adversarios, siglos de oro, es decir, limpios de toda mezcla de innovaciones. Aun existen algunos, las inscripciones, por ejemplo, que llenan el sensible vacío existente entre los libros sagrados, tanto de los Evangelios, como de los Apóstoles, y los primeros monumentos escritos de la tradición católica llegados á nosotros; esas inscripciones suplen, con ventaja á veces, por su brevedad, sencillez y claridad al amparo de todo equívoco, á las obras de gran extensión que las contrariedades de aquellas edades primitivas y las persecuciones en particular, impidieron á los primeros Padres publicar, ó que nos han arrebatado, ya las revoluciones, cuyo soplo dispersa tantas cosas buenas y útiles, ya la ignorancia, más implacable todavía en su indiferente apatía.

Aunque debamos lamentar que el estudio de las antigüedades cristianas no haya obtenido aún el lugar que le corresponde en la enseñanza de las ciencias eclesiásticas, donde sustituiría con gran ventaja á numerosas cuestiones y á argumentaciones, estériles é inútiles, con que se ejercita y cansa sin resultado el espíritu de la juventud, al cual podrían facilitarse alimentos más provechosos y sustanciales, sin embargo, preciso es decirlo, lejos, por fortuna, está ya de nosotros el tiempo en que los estudios arqueológicos eran considerados como mero pasatiempo de aficionado, y ciencia puramente especulativa. La teología sabe hoy el partido que puede sacar de ellos como medio de demostración. Así, quiere que la arqueología sagrada, al facilitar y popularizar cada día más el conocimiento de esta preciosa fuente de tradiciones, lleve á las augustas verdades que tiene la misión de exponer y explicar, testimonios, por decirlo así, materiales y tangibles, que, por los sentidos, han de penetrar con más seguridad en el espíritu y en el corazón. El P. Perrone, profesor de teología en el Colegio Romano, dedica á la arqueología sagrada, considerada como *lugar teológico*, esencial capítulo, que es un excelente ejemplo de lo que decimos (*Prælect. theol.*, tract. *De loc. theol.*, opp., t. IX, edit. Taurin, pág. 226); y además sabemos que algunos obispos de Italia han establecido, desde hace pocos años, un curso especial y obligatorio de arqueología sagrada en sus respectivos seminarios; el de Milán posee, desde 1849, una cátedra de esta importante ciencia.

Los soberanos pontífices han favorecido siempre, con todo su poder, el estudio de las antigüedades cristianas, y los más notables por su santidad y por su saber, han demostrado su celo en este asunto creando enseñanzas permanentes. Citaremos, respecto al siglo XVIII, á Benedicto XIV, y respecto al actual, á nuestro muy amado Pío IX, que han marcado su paso por la cátedra de Pedro con la fundación de museos cristianos, el primero en una de las vastas salas del Vaticano, y el segundo en el antiguo palacio de Letrán. Y lo más notable es que han tenido la rara fortuna de ser secundados, y aun inspirados en el cumplimiento de una obra tan grande y útil, cada uno por un sabio de primer orden, dos de esos hombres siempre dispuestos á poner se privilegiada inteligencia al servicio de las grandes empresas: Benedicto XIV por el marqués Maffei (véase su epístola dedicatoria á la cabeza del *Musæum Veronense*), y Pío IX por el caballero De'Rossi.

ARZOBISPOS.—Véase el artículo *Metropolitanos*.

ASCENSIÓN DE JESUCRISTO.—El origen de esta solemnidad no se conoce de una manera precisa; pero es indudable que se remonta á la más alta antigüedad, y, probablemente, según San Agustín, que aplica aquí su gran principio, á los tiempos apostólicos (Epist. CVIII. *Ad Januar.*). El testimonio de este Padre prueba, por lo menos, que esa festividad era observada universalmente por la Iglesia mucho tiempo antes de la época en que él viviera. La vemos, con frecuencia, mencionada por San Crisóstomo bajo el nombre de ἀναλήψιν. En su homilía trigésima quinta, relativa á esta fiesta (opp. edit. París, t. V, página 537), la titula «el día ilustre y brillante de la Ascensión del Crucificado». En otra parte (Homil. XXXVII. *In Pentec.*) dice al enumerar las grandes solemnidades que preceden á la Pentecostés: «Hace poco tiempo que hemos celebrado la fiesta de la Cruz, la de la Pasión y de la Resurreción, y, por último, la de la Ascensión de Jesucristo Nuestro Señor.» El autor de las *Constituciones apostólicas* (VIII, 33) coloca la Ascensión en el número de las grandes solemnidades cristianas que deben ser feriadas, como que son el complemento de la recta economía de Cristo. Damos la cita en latín: *Ascensio sit dies feriatus; propter finitam tunc œconomiam Christi.*

El día de la Ascensión, además de los ritos comunes con otras fiestas, se hacía, durante la liturgia, la solemne bendición del pan y de los frutos de la tierra, y especialmente de las habas: la fórmula de esta bendición se encuentra en un Sacramentario al cual Martene atribuye más de mil años de existencia. Sabemos por San Gregorio de Tours (*Hist. Franc.*, II, 34) que en ese día, especialmente en las iglesias de las Galias, se hacía una solemne rogativa ó procesión.

ASCETAS.—I. Sin razón se han confundido algunas veces, en los tiempos modernos, los *ascetas* con los monjes. En la primitiva Iglesia, los ascetas eran simples cristianos que no se distinguían de los demás sino por lo austero de su vida. Su nombre se deriva del griego ἄσκησις, palabra que en el lenguaje de los antiguos filósofos significaba el ejercicio de la virtud, y, sobre todo, el de la obediencia. El nombre y la profesión de los *monjes* vinieron más tarde.

Según San Atanasio, el origen de los ascetas se remonta más allá de los tiempos de San Antonio. Todavía puede decirse que hubo ascetas entre los antiguos Judíos. Tales fueron los nazarenos perpetuos, como Sansón (Hieron., ep. XII. *Ad Paulin.*—Greg. Naz., Carm. II. *Ad Virgin.*), y los terapeutas de que habla Filon, aunque estos últimos parecen haber sido cristianos, según el testimonio de Eusebio (*Hist. eccles.*, l. II, 17). La vida de San Juan Bautista, la de los primeros cristianos en Jerusalén, la de los discípulos de San Marcos en Alejandría, ofrecen también ejemplos de la vida ascética.

Orígenes (*Contr. Cels.*) da el nombre de ascetas á aquellos que, no sólo se abstenían de carne, sino que se privaban á menudo de todo alimento durante dos ó tres días. También se llamaban ascetas los que se dedicaban al ejercicio de la oración y empleaban una gran parte del día en el culto de Dios. Así, San Cirilo de Jerusalén (*Catech.*, X, 9) da este título á la profetisa Ana, en razón de lo que de esta santa mujer ha dicho San Lucas (II, 37): «No se apartaba del templo, sirviendo á Dios día y noche en los ayunos y las oraciones», *Jejuniis et obsecrationibus serviens die ac nocte.*

Asimismo se llamaban ascetas los que se distinguían por actos ostensibles de caridad y de desprecio del mundo, y que, por ejemplo, hubieran consagrado todos sus bienes al culto de Dios y al servicio de los pobres. Así, San Jerónimo (*De script. eccl.*, 41, 76) titula á Pierio, *miræ* ἀσκήσεως *adpetitorem*, *et voluntariæ paupertatis*, y á Serapión, Obispo de Antioquía bajo Cómodo, ἀσκήσει *addictum.* Los mártires de Palestina que sufrieron bajo Diocleciano, reciben la misma denominación por su generosidad con los pobres, las viudas y los huérfanos (Euseb., *De martyr. Palæst.*, XI). Algunas veces se llamaban ascetas los *confesores*, lo cual explica por qué San Martín es el primero que ha sido inscrito con este título en los calendarios (Du Cange., *Glos.* ad voc. *Confess.*)

Los ascetas habían adoptado vestidos en armonía con la austeridad de su vida, de color negro ó pardo (Synes. *Epist.* CXLVI). Llevaban el *pallium* ó capa de los antiguos filósofos. Este vestido les estaba tan exclusivamente reservado, que entre los sacerdotes sólo se permitían su uso los que observaban una vida as-